

¿Será capaz Turquía de unificar a los árabes?

Por Anthony Shadid ¹

Gaziantep, Turquía – New York Times, 28 de mayo de 2011²



Puntos de referencia más allá de Estambul, legado de intercambio cosmopolita de bienes e ideas.

A menos de una milla de la frontera siria, en tierra [turca], el jeque Ahmed Said desafía las identidades que las fronteras inspiran.

El señor Said nació en la ciudad siria de Azaz y creció en Kilis, Turquía, sobre la línea fronteriza del mapa. Es vendedor de comestibles y habla turco a sus clientes como un nativo, mientras se mantiene atento a las emisiones en árabe de Al Jazeera que escucha en su tienda. Su esposa y su madre son turcas, pero la sangre árabe corre por sus venas, según él, “hasta el final de los tiempos”.

“El pan de Azaz viene de Kilis y el pan de Kilis viene de Azaz”, dijo Said, cuya tienda se encuentra justo al lado de un camino que alguna vez condujo los negocios en los lejanos tiempos del Imperio Otomano y ahora marca los límites de Turquía. “Nosotros somos lo mismo. Somos hermanos. ¿Qué es realmente lo que nos separa?”

A medida que el mundo árabe más allá de la frontera lucha con las inspiraciones y los traumas de su revolución —una nueva noción de ciudadanía en colisión con las

1. Anthony Shadid

2 <http://www.nytimes.com/2011/05/29/weekinreview/29ottoman.html>

demandas menores de piedad, secta y clan— algo más se filtra a lo largo de las antiguas rutas de ese imperio, que abarcó tres continentes y duró seis siglos antes que Kemal Atatürk lo llevara a su término en 1923, consciente de su celo revolucionario.

Probablemente sea demasiado pronto para definir las identidades emergentes en esos lugares. Pero algo mayor que la suma de las partes se opera a lo largo de conexiones imperiales que estuvieron deformadas —pero no rotas— por décadas de colonialismo y de guerra fría. Los vínculos son un asunto de tierra, cultura, historia, arquitectura, memoria e imaginación, que sigue siendo el reino de la escolaridad y de la vida cotidiana, pero que a menudo escapa a la atención de un periodismo que marcha al ritmo de los conflictos.



Incluso en medio del estruendo que produce la agitación en el mundo árabe, ese nuevo sentido de pertenencia representa una contracorriente más pacífica y quizá más poderosa que corre en dirección opuesta y cuestiona las nociones más parroquiales. Tal reflujó se encuentra con la búsqueda de la revolución árabe por un nuevo sentido de sí misma; se funda, además, en las fuerzas económicas que reenlazan un imperio antiguo, así como el nuevo dinamismo de Turquía y los esfuerzos por volver realidad lo que durante mucho tiempo ha sido nostalgia.

Sus ecos se escuchan en zonas fronterizas como Gaziantep, cerca de la tienda del

señor Said, donde el empresario puede regatear en una mezcla de inglés, turco, árabe y hasta kurdo. Se ve en la difuminación de las arbitrarias líneas de la escritura semítica que el árabe y el kurdo enredan con el alfabeto latino de la lengua turca a través de las fronteras con Siria e Irak. Se observa a lo largo de las fronteras donde aparentemente el nacionalismo árabe y el turco, el pan-islamismo y una serie de ideologías seculares nunca han conseguido captar las ambiciones o delimitar los hábitats de los diversos pueblos que viven allí.

“Es la normalización de la historia”, proclama Ahmet Davutoglu, ministro de Asuntos Exteriores turco, cuyo gobierno ha tratado de reintegrar la región mediante la simplificación de los requisitos para otorgar visas y la promoción de una zona de libre comercio en el Oriente Medio que despliegue sus negocios a lo largo de las antiguas rutas y exporte la cultura pop de Turquía a un público ávido.

“Ninguna de las fronteras de Turquía son naturales —añadió—. Casi todas son artificiales. Por supuesto, tenemos que respetarlas como naciones-estados, pero al mismo tiempo tenemos que entender que hay una continuidad natural. Así ha ocurrido durante siglos “.

En todo esto hay, desde luego, un toque de romanticismo. En lugares como Yemen, Bahrein, Libia y Siria, el mundo árabe pudo estar preparándose en realidad, durante años, para la lucha sectaria y fratricida, y en el afán de adquirir un papel más destacado, estabilizador, influyente, acaso las ambiciones de Turquía sean superiores a sus medios. No obstante, las realidades económicas están restaurando ya antiguas trayectorias que unieron las regiones kurdas de Turquía e Irak, vinculadas a Batumi, en Georgia, a Trabzon, en Turquía, y que tejieron a Aleppo como eje de ciudades —Mosul, Diyarbakir, Gaziantep y Iskenderun— donde Damasco, la metrópolis árabe líder, aunque distante, fue una ocurrencia tardía.

EL TRAZO DE FRONTERAS DEL SIGLO XX ocasionó traumas grandes y pequeños. La limpieza étnica y sectaria posterior a la Primera Guerra Mundial eliminó gran parte de la diversidad que Turquía y Grecia tuvieron. Los horrores del nacionalismo y el Holocausto en Salónica, célebre crisol de culturas, donde inclusive las notas al pie de la historia fueron reescritas, la volvieron irreconocible en su encarnación moderna.

Un ejemplo de ello es Marjayoun, ciudad ancestral de mi familia en el Líbano, acunada cerca de la frontera entre Israel y Siria, en el corazón del viejo reino otomano, y algo más que una ocurrencia en los mapas recientes.

Nadie en Marjayoun suspiraría necesariamente por los días del dominio otomano, cuando hubo masacres, y tanto judíos como cristianos afrontaron discriminación en los impuestos y el comercio. No había trazas de algo que pudiera considerarse igualdad. Al día de hoy, los momentos más oscuros de la historia de Marjayoun siguen siendo los estertores del imperio, la seferberlik, nombre otomano para la leva,

que representó además el hambre, el hambre y la muerte que la Primera Guerra Mundial trajo a la ciudad, cuando los hambrientos buscaban en el estiércol un pedazo de grano sin digerir.

Sin embargo, no pocos habitantes del Marjayún actual serían capaces de expresar nostalgia por el tiempo y el lugar que representó el Imperio Otomano cuando los comerciantes de Marjayoun se aventuraron por Arish, en la costa de la península del Sinaí y por el Nilo en Sudán, camino a Palestina. La ciudad era una estación de paso en la ruta que va del granero del Houran, al sur de Siria, hasta Acre, el mayor puerto de Levante en la costa de Palestina. Beirut fue una ocurrencia tardía. Los comerciantes de Marjayoun recorrían la estepa de Houran, tierra que perteneció a su alta burguesía en el Valle de Hula, y cuya población instruida se aventuró a Haifa y Jerusalén, para hacerse de fama.

La primera Guerra Mundial y las fronteras resultantes auguraban la desaparición de este estilo de vida, y no sólo en Marjayoun. Las ideologías que prevalecieron en la ciudad entonces se disputaban las fronteras —el nacionalismo árabe, el nacionalismo pan-sirio y el comunismo, que se estaba imaginando una comunidad más amplia—. Estos movimientos fallaron conforme las guerras con Israel de 1948 y 1967 trazaron más fronteras. Y con esas líneas sobre el mapa llegó una sensación de menoscabo de uno mismo. Por el tiempo en que comenzó la guerra civil de 15 años del Líbano en 1975, las ideologías habían dado paso a las identidades, y la mayoría de la gente en Marjayoun se identificaba simplemente como cristiano, o tal vez algunos, como griegos ortodoxos, demasiado singulares para sobrevivir como una comunidad.

Una ciudad de miles de habitantes es hoy apenas una ciudad de cientos, esparcidos ente las villas abandonadas de otra época. Hajar Bala Bashar, un amigo, me dijo una vez: “Son piedras sin pueblo”.

“UNA RECREACIÓN DEL ENTORNO HISTÓRICO Y NATURAL”. Así describe el señor Davutoglu su visión de la región. Y de hecho, esa visión, que refleja efectivamente la política del gobierno, ha conmovido a Turquía, un país que lleva sus propias interrogantes irresueltas respecto de su identidad.

Así como el nacionalismo árabe late en lo profundo de la suerte Palestina, otro tanto ocurre con el nacionalismo turco, que entraña la sensación de que el país merece jugar un papel en la región que evoque al menos su época otomana. Los turcos más sofisticados desestiman la acusación de cultivar nuevos motivos para el imperialismo turco y apelan por esa meta en lugar de una asociación pacífica que podría parecerse a la zona de libre comercio que presagiaba la Unión Europea después de la segunda Guerra Mundial.

“Han pasado casi 100 años desde que hemos estado separados por fronteras superficiales, por fronteras culturales y religiosas igualmente superficiales, y ahora con

la simplificación del visado a Jordania, Siria y Líbano, estamos abriendo las fronteras nacionales —dijo Yusuf Yerkel, un joven académico, miembro del equipo del primer ministro Tayyip Erdogan—. Turquía está desafiando la concepción tradicional de la política en el Medio Oriente establecida desde el siglo 20”.

Más que una plática de salón, tal visión se produce en un claro parteaguas en el Medio Oriente. A pesar de los contratiempos que la revolución árabe ocasiona —se han perdido inversiones en Libia y a Siria la acecha una perspectiva de caos— Turquía se ha mantenido fiel a su visión de una región integrada. Una línea férrea que une a Turquía, Siria e Irak reabrió el año pasado, y está próximo a operar un tren rápido entre Gaziantep y Aleppo. En los planes de Turquía los recursos naturales del norte de Irak son estratégicos para diversificar sus fuentes de energía y para alimentar a un oleoducto de Turquía a Europa central. Han acordado una zona de libre comercio común para Turquía, Siria, Jordania y Líbano.

Series de la televisión turca se doblan al árabe sirio, y los carteles de sus estrellas se venden por decenas de miles en Irak. En Bagdad, los retratos de un famoso actor son alterados digitalmente para mostrarlo en el traje tradicional árabe o kurdo.

En toda la región, la revolución árabe ha inspirado un replanteamiento de la identidad, así como de añejas nociones, por ejemplo, auto colgarse como espectro sobre el éxito de las revueltas. En su forma más prístina, la revolución se siente transnacional, como las exigencias de justicia, libertad y dignidad, que se expresan en un globalismo impulsado por la tecnología. Esto repercute incluso en Turquía, donde las fronteras religiosas y nacionales son cada vez más borrosas. Selcuk Sirin, profesor de la Universidad de Nueva York que ha realizado amplias encuestas de opinión en Turquía, especialmente entre los jóvenes, llama a esto la aparición de “identidades híbridas”.

“Los jóvenes no aceptan la idea de un choque, y no creen en esta idea de la identidad fija —dijo—. Saben cómo negociar los así llamados polos opuestos, y están buscando algo nuevo”.

HACE MÁS DE DIEZ AÑOS HABÍA UNA PELÍCULA en Turquía llama “Propaganda”, una comedia negra sobre la frontera trazada entre Siria y Turquía, que dividía a unas familias de otras. Se inspiraba en la realidad de familiares que encabezaban la defensa de los días festivos musulmanes —en turco, Bayram, Id, en árabe— y la práctica de lanzar regalos al otro lado.

En estos días, con la frontera abierta efectivamente, durante los fines de semana los sirios llenan los hoteles de Gaziantep, que es famosa por sus pistaches. Algunos comerciantes de aquí hablan de su creciente comercio, que se ha decuplicado desde que se levantaron los requisitos de visado. Ahora ocurren encarnizadas discusiones sobre la calidad del kebab de Gaziantep, si es mejor que el kibbe en Aleppo.

Los turcos todavía pueden considerar un desastre el “pelo árabe”, pero también juzgan un regalo con los estándares de “los albaricoques en Damasco.” Y las viejas nociones de la tiranía otomana (desde el punto de vista árabe) y la traición árabe durante la primera Guerra Mundial (como los turcos lo ven) han dado paso poco a poco a las promisorias ganancias en un mercado en auge, aun en medio de las revueltas al cruzar la frontera.

Hakan Cinkilic, gerente de comercio exterior de una empresa de plásticos llamada Sun Pet, está cosechando los beneficios. Casi 80 por ciento de sus productos van a Irak, y la compañía estableció una fábrica en Jordania el año pasado. Sus exportaciones se han más que duplicado desde 2008. Este año ya ha viajado a Libia, los Estados Unidos, Irak y Arabia Saudita.

Su celular sonó mientras platicaba. Era un cliente en Kirkuk, Irak, que le hablaba en turco. Unos minutos más tarde, un hombre de negocios lo llamó de Cisjordania. La conversación se desarrolló en Inglés, marcada por expresiones árabes que modulaban las vocales de su lengua nativa. No lo llamaría neo-otomano, teniendo en cuenta que el término sugiere un resurgimiento del imperialismo. No se trata realmente de un levantino, identidad cuyas fronteras abrazan la costa del Mediterráneo. Parecía más bien un post-otomano, reinterpretando el pasado.

Él simplemente dijo: “Es natural”.